

**Carlos Raúl Villanueva, Caracas**



# || En escala mundial ha llegado el momento de declarar en emergencia a la profesión del arquitecto ||

## Evolución y formación

Puede decirse que la actividad, que durante siglos ha desempeñado el arquitecto – a pesar de todas sus variantes históricas – no ha sufrido sino dos grandes conmociones internas pero éstas han alterado substancialmente su estructura.

La primera de ellas ocurrió cuando, durante el Renacimiento, el arquitecto advirtió quizá por primera vez de manera tan iluminante, los sutiles y difíciles privilegios que su condición de artista-creador le concedían. A partir de ese momento su conciencia profesional tuvo que vérselas con las crecientes contradicciones entre su espíritu de aventura, de invención, de originalidad y el marco siempre muy determinado dentro del cual sus clientes colocaban el programa de necesidades. Estas contradicciones comenzaron a hacer más atormentado el proceso del diseño, pero por lo mismo que se desarrollaban en un contexto ya plenamente artístico (dotado de toda la conciencia de su estado artístico) sus consecuencias raramente se dilataban más allá de los límites de las condiciones personales-individuales del creador. El segundo acontecimiento de valor esencial es el que viene a situar al arquitecto – bajo el sistema económico-industrial avanzado – dentro de las fórmulas convencionales de la profesión liberal.

Primero artesano, luego artista, ahora intelectual, el arquitecto ha ido incorporando elementos de inseguridad, de inconformidad e inclusive de protesta o utopía a su oficio. Estos factores corresponden ahora, en el mundo contemporáneo, a una contradicción realmente esencial entre su papel primordial de parte integrante de un mecanismo económico que lo justifica y lo exige a la vez, y el desarrollo secundario de su capacidad de analizar, de ejercer por lo tanto una visión eminentemente crítica de la sociedad. Pero, sabemos, no se puede ser a la vez instrumento ciego y crítico de un mismo sistema sin caer en una grave contradicción: la contradicción mayor que precisamente está afectando al arquitecto, como intelectual

y profesional en el mundo de hoy. Desde luego no se trata de una condición original y exclusiva del arquitecto. En la sociedad a la cual pertenecemos sufrimos del mismo estado todos los profesionales, todos los intelectuales y todos los hombres que declaren su inconformidad con el proceso de «cosificación» que los engulle.

Ocurre, sin embargo, que el arquitecto está predispuesto, más que otros quizá, a percatarse de esa contradicción, por las características orgánicas del diseño, que lo conduce casi obligado a ejercer un razonamiento sobre el mundo y, por lo tanto, a construirse una visión crítica de él.

No parece posible, por lo menos por el momento, que la profesión del arquitecto deje de manifestar esta incómoda dualidad. Todo lo contrario, mantenerla, acentuarla, hacerla cada vez más lúcida es una exigencia histórica rigurosa. Si todo esto es cierto, las estructuras universitarias que forman al arquitecto se hallan frente a la obligación de permitir y desarrollar, hasta un grado desconocido hasta ahora, el concepto de autonomía y el concepto de co-gestión, establecidos desde hace tiempo en América Latina, y ahora convertidos en reivindicaciones urgentes por los estudiantes europeos. Lo que éstos agregan, sin embargo, es la novedad importante de la relación entre autonomía y co-gestión por un lado y por otro la función de crítica externa de la sociedad que la universidad debería desempeñar. Desde el punto de vista de la formación del arquitecto resulta entonces indispensable comprender la estrecha relación de causa y efecto entre una adecuada conciencia histórica y una sólida posición crítica, y esto le atribuye, por lo mismo, un papel extraordinario a la formación historicista mientras ésta sea concebida no de una manera académica sino bajo una visión funcional.

La realidad pragmática que se le plantea al arquitecto como un marco definido

para su acción, puede ser catalogada mediante algunos de sus rasgos más prominentes, a saber:

- 1) La configuración definitivamente urbana del habitat humano,
- 2) La masificación cuantitativa de la demanda de los productos arquitectónicos.

Estos dos determinantes se combinan con dos posibilidades que actualmente, y cada vez con mayor apremio, se le ofrecen al arquitecto:

- 1) El uso integrado de la ciencia,
- 2) El uso abundante de la tecnología de bases sólidamente industriales.

Hay algo en que todo el mundo está de acuerdo: en las crecientes dificultades que encuentra el arquitecto para satisfacer lo que la sociedad le exige. Eso no se debe tan sólo a las razones de desajuste y contradicción de que hemos hablado. Se debe también a la forma empírica, intuitiva y elemental que todavía reviste el método de diseño del arquitecto. Los determinantes y las posibilidades que se citaron anteriormente deben conjugarse para dar origen a una estructura docente basada en un enfoque seriamente científico: diseñar y desarrollar una metodología científica están inscritos en el orden del día de la labor del arquitecto. Cualquier solución que se halle para este problema no podrá ser lograda sin una práctica eminentemente experimental e investigativa de la enseñanza.

Tengo la firme impresión de que es alrededor de estos temas que debe centrarse la atención de la profesión en estos momentos.

Están en juego intereses fundamentales que exigen la definición de objetivos precisos.

En escala mundial ha llegado el momento de declarar en emergencia a la profesión del arquitecto.

Un enorme trabajo nos espera y no disponemos de las herramientas más convenientes. No perdamos más tiempo.

*CR Villalón*